



SECCIÓN MATUTINA
TERCERO DE BACHILLERATO BGU Y TÉCNICO

ESTUDIANTE PARALELO.....

DOCENTE.....FECHA.....

ACTIVIDAD DIAGNÓSTICA - LECTURA COMPRENSIVA

1. Lea detenidamente el cuento "¿No oyes ladrar a los perros?" (1953) del escritor, guionista y fotógrafo mexicano Juan Rulfo (1917-1986). Luego mediante la foto que habla, que se encuentra a continuación de la lectura, recree la trama de la historia a través de un mini diálogo entre Ignacio y su padre durante el trayecto a Tonaya.

NO OYES LADRAR LOS PERROS

—Tú que vas allá arriba, Ignacio, dime si no oyes alguna señal de algo o si ves alguna luz en alguna parte.

—No se ve nada.

—Ya debemos estar cerca.

—Sí, pero no se oye nada.

—Mira bien.

—No se ve nada.

—Pobre de ti, Ignacio.

La sombra larga y negra de los hombres siguió moviéndose de arriba abajo, trepándose a las piedras, disminuyendo y creciendo según avanzaba por la orilla del arroyo. Era una sola sombra, tambaleante.

La luna venía saliendo de la tierra, como una llamarada redonda.

—Ya debemos estar llegando a ese pueblo, Ignacio. Tú que llevas las orejas de fuera, fíjate a ver si no oyes ladrar los perros. Acuérdate que nos dijeron que Tonaya estaba detrasito del monte. Y desde qué horas que hemos dejado el monte. Acuérdate, Ignacio.

—Sí, pero no veo rastro de nada.

—Me estoy cansando.

—Bájame.

El viejo se fue reculando hasta encontrarse con el paredón y se recargó allí, sin soltar la carga de sus hombros. Aunque se le doblaban las piernas, no quería sentarse, porque después no hubiera podido levantar el cuerpo de su hijo, al que allá atrás, horas antes, le habían ayudado a echárselo a la espalda. Y así lo había traído desde entonces.

— ¿Cómo te sientes?

—Mal.

Hablaba poco. Cada vez menos. En ratos parecía dormir. En ratos parecía tener frío. Temblaba. Sabía cuándo le agarraba a su hijo el temblor por las sacudidas que le daba, y porque los pies se le encajaban en los ijares como espuelas. Luego las manos del hijo, que traía trabadas en su pescuezo, le zarandeaban la cabeza como si fuera una sonaja.

Él apretaba los dientes para no morderse la lengua y cuando acababa aquello le preguntaba:

— ¿Te duele mucho?

— Algo —contestaba él.

Primero le había dicho: «Apéame aquí... Déjame aquí... Vete tú solo. Yo te alcanzaré mañana o en cuanto me reponga un poco.» Se lo había dicho como cincuenta veces. Ahora ni siquiera eso decía.

Allí estaba la luna. Enfrente de ellos. Una luna grande y colorada que les llenaba de luz los ojos y que estiraba y oscurecía más su sombra sobre la tierra.

—No veo ya por dónde voy —decía él.

Pero nadie le contestaba.

El otro iba allá arriba, todo iluminado por la luna, con su cara descolorida, sin sangre, reflejando una luz opaca. Y él acá abajo.

—¿Me oíste, Ignacio? Te digo que no veo bien. Y el otro se quedaba callado.

Siguió caminando, a tropezones. Encogía el cuerpo y luego se enderezaba para volver a tropezar de nuevo.

—Éste no es ningún camino. Nos dijeron que detrás del cerro estaba Tonaya. Ya hemos pasado el cerro. Y Tonaya no se ve, ni se oye ningún ruido que nos diga que está cerca. ¿Por qué no quieres decirme que ves, tú que vas allá arriba, Ignacio?

—Bájame, padre.

—¿Te sientes mal?

—Sí.

—Te llevaré a Tonaya a como dé lugar. Allí encontraré quien te cuide. Dicen que allí hay un doctor. Yo te llevaré con él. Te he traído cargando desde hace horas y no te dejaré tirado aquí para que acaben contigo quienes sean.

Se tambaleó un poco. Dio dos o tres pasos de lado y volvió a enderezarse.

—Te llevaré a Tonaya.

—Bájame.

Su voz se hizo quedita, apenas murmurada:

—Quiero acostarme un rato.

—Duérmete allí arriba. Al cabo te llevo bien agarrado.

La luna iba subiendo, casi azul, sobre un cielo claro. La cara del viejo, mojada en sudor, se llenó de luz. Escondió los ojos para no mirar de frente, ya que no podía agachar la cabeza agarrotada entre las manos de su hijo.

—Todo esto que hago, no lo hago por usted. Lo hago por su difunta madre. Porque usted fue su hijo. Por eso lo hago. Ella me reconvendría si yo lo hubiera dejado tirado allí, donde lo encontré, y no lo hubiera recogido para llevarlo a que lo curen, como estoy haciéndolo. Es ella la que me da ánimos, no usted. Comenzando porque a usted no le debo más que puras dificultades, puras mortificaciones, puras vergüenzas.

Sudaba al hablar. Pero el viento de la noche le secaba el sudor. Y sobre el sudor seco, volvía a sudar.

—Me derregaré, pero llegaré con usted a Tonaya, para que le alivien esas heridas que le han hecho. Y estoy seguro de que, en cuanto se sienta usted bien, volverá a sus malos pasos. Eso ya no me importa.

Con tal que se vaya lejos, donde yo no vuelva a saber de usted. Con tal de eso... Porque para mí usted ya no es mi hijo. He maldecido la sangre que usted tiene de mí. La parte que a mí me tocaba la he maldecido. He dicho: «¡Que se le pudra en los riñones la sangre

que yo le di!» Lo dije desde que supe que usted andaba trajinando por los caminos, viviendo del robo y matando gente... Y gente buena. Y si no, allí está mi compadre Tranquilino. El que lo bautizó a usted. El que le dio su nombre. A él también le tocó la mala suerte de encontrarse con usted. Desde entonces dije: «Ése no puede ser mi hijo.»

—Mira a ver si ya ves algo. O si oyes algo. Tú que puedes hacerlo desde allá arriba, porque yo me siento sordo.

—No veo nada.

—Peor para ti, Ignacio.

—Tengo sed.

—¡Aguántate! Ya debemos estar cerca. Lo que pasa es que ya es muy noche y han de haber apagado la luz en el pueblo. Pero al menos debías de oír si ladran los perros. Haz por oír.

—Dame agua.

—Aquí no hay agua. No hay más que piedras. Aguántate. Y aunque la hubiera, no te bajaría a tomar agua. Nadie me ayudaría a subirme otra vez y yo solo no puedo.

—Tengo mucha sed y mucho sueño.

—Me acuerdo cuando naciste. Así eras entonces. Despertabas con hambre y comías para volver a dormirte. Y tu madre te daba agua, porque ya te habías acabado la leche de ella. No tenías llenadero. Y eras muy rabioso. Nunca pensé que con el tiempo se te fuera a subir aquella rabia a la cabeza... Pero así fue. Tu madre, que descansa en paz, quería que te criaras fuerte. Creía que cuando tú crecieras irías a ser su sostén. No te tuvo más que a ti. El otro hijo que iba a tener la mató. Y tú la hubieras matado otra vez si ella estuviera viva a estas alturas.

Sintió que el hombre aquel que llevaba sobre sus hombros dejó de apretar las rodillas y comenzó a soltar los pies, balanceándolos de un lado para otro. Y le pareció que la cabeza, allá arriba, se sacudía como si sollozara.

Sobre su cabello sintió que caían gruesas gotas, como de lágrimas.

— ¿Lloras, Ignacio? Lo hace llorar a usted el recuerdo de su madre, ¿verdad? Pero nunca hizo usted nada por ella. Nos pagó siempre mal. Parece que, en lugar de cariño, le hubiéramos retacado el cuerpo de maldad. ¿Y ya ve? Ahora lo han herido. ¿Qué pasó con sus amigos? Los mataron a todos. Pero ellos no tenían a nadie. Ellos bien hubieran podido decir: «No tenemos a quién darle nuestra lástima.» ¿Pero usted, Ignacio?

Allí estaba ya el pueblo. Vio brillar los tejados bajo la luz de la luna. Tuvo la impresión de que lo aplastaba el peso de su hijo al sentir que las corvas se le doblaban en el último esfuerzo. Al llegar al primer tejaban, se recostó sobre el pretil de la acera y soltó el cuerpo, flojo, como si lo hubieran descoyuntado.

Destabó difícilmente los dedos con que su hijo había venido sosteniéndose de su cuello y, al quedar libre, oyó cómo por todas partes ladraban los perros.

— ¿Y tú no los oías, Ignacio? —dijo—. No me ayudaste ni siquiera con esta esperanza.
FIN

LA FOTO QUE HABLA

¿No oyes ladrar a los perros?



2. En el paréntesis de la columna A, coloque el literal de la columna B que contenga la respuesta correcta.

PREGUNTAS	RESPUESTAS
1. ¿Qué hizo Ignacio en el pasado?	
2. ¿Cómo se siente el padre de Ignacio con las malas acciones de su hijo?	
3. ¿Cuál era la actitud de Ignacio después de que lo hirieron?	

3. Lea atentamente las siguientes frases del cuento y escoja la respuesta que mejor interprete el significado de cada una.

A. *Allí estaba la luna. Enfrente de ellos. Una luna grande y colorada que les llenaba de luz los ojos y que estiraba y oscurecía más su sombra sobre la tierra. ¿Qué simboliza la luna en el cuento?*

- a. Una luz de esperanza.
- b. La alegría de llegar al pueblo.
- c. La fría luz y las sombras en el camino de la muerte.

B. *“Tú que llevas las orejas de fuera, fíjate a ver si no oyes ladrar los perros”. ¿Por qué es importante que Ignacio escuche ladrar a los perros?”:*

- a. Porque los ladridos anuncian la proximidad del pueblo, esto significa una esperanza para que el padre pueda salvar a su hijo.
- b. Para evitar que los perros les muerdan.
- c. Porque los perros pueden guiarlos en la noche.

C. *“Llegaron a Tonaya, el viejo escuchó a los perros, pero Ignacio no podía oírlos”. Podemos suponer que Ignacio...:*

- a. Sí escuchó ladrar a los perros, pero estaba enojado con su padre y no le avisó.
- b. Se murió en el trayecto a Tonaya.
- c. Se quedó dormido.

4. Responda las siguientes preguntas:

¿NO OYES LADRAR A LOS PERROS?

¿QUIÉNES SON LOS PERSONAJES DEL CUENTO?	¿DÓNDE SE DESARROLLA LA HISTORIA?	¿CUÁNDO FUE ESCRITO EL CUENTO?	¿POR QUÉ EL PADRE DE IGNACIO LO LLEVA CARGADO EN SUS HOMBROS?	¿QUÉ REFLEXIÓN LE DEJA EL CUENTO?
ACTANTES	ESPACIO	TIEMPO	CONFLICTO	MENSAJE

5. Lea la lluvia de ideas del cuento “¿No oyes ladrar a los perros?” de Juan Rulfo, analícelas, busque el tema del cuento y las ideas principales, luego encierre en un círculo los literales elegidos y escríbalos en el cuadro que se encuentra a continuación.

LLUVIA DE IDEAS:

El anhelo de redención de un alma rodeada de miseria

El padre no quiere salvar ni la vida ni el alma de su hijo, sino salvar su propia alma.

La oscuridad de los parajes que atraviesan representa la miseria moral que embarga la vida del padre.

El padre está cada vez más agotado, el hijo más rendido, los reproches del padre son cada vez más íntimos e hirientes.

El padre tiene miedo de dejar solo a Ignacio para ir en busca de ayuda.

Los ladridos de los perros anuncian la proximidad al pueblo y simbolizan la esperanza.

Llegaron a Tonaya, el viejo escuchó a los perros, pero Ignacio no los oyó. Se supone que Ignacio murió.

TEMA	IDEAS PRINCIPALES
	1.
	2.
	3.